

Libros chilenos

“La señorita Cortés-Monroy”, por **Januario Espinosa**

HAY estratos sociales condenados por el destino a perpetua mediocridad. Mediocridad de fortuna, de ideas, hasta de sentimientos. En ellos no sucede nada. Los días, siempre iguales, ruedan perezosamente y no traen sino menguadas alegrías y el bagaje de los acostumbrados dolores. Un matrimonio, un bautizo, una muerte...; la enfermedad, un ascenso en el empleo, la disputa con el jefe... Esos minúsculos hechos adquieren resonancias gigantescas en medios tan desprovistos de exaltaciones y de luchas. Los seres que los forman están marcados con el sello de la conformidad. Siguen su ruta soñolientos. Tienen de vez en cuando rebeldías que se aplacan junto al mesón de la cantina provinciana o en el hombro de la mujer querida. Ningún viento fuerte, de tempestad, bate las almas; ningún rayo violento turba este remanso. En él, como en todos, se pudren los buenos deseos, flores humildes, y los entusiasmos, brotes pujantes. La vulgaridad y la paciencia son el lote de estas almas enyugadas.

Es evidente, por lo demás, que este género de vida, tan poco atractivo, tan gris, tan monótono, tiene cierta grandeza. Es una grandeza patética. Se adivina que para soportarlo hay que tener el alma templada en el heroísmo. Por lo menos, en el heroísmo de la renunciación. Hay hombres que son o se creen capaces de romper esta costra de indiferencia y de rutina. Abandonan la provincia y vienen a las capitales a luchar y

a... triunfar. No siempre lo consiguen. La vida provinciana imprime carácter.

La existencia que ha reflejado Januario Espinosa en su reciente novela, *La señorita Cortés-Monroy*, viste el hábito gris de la vida provinciana. Un novelista ávido de vida, minucioso observador, buen fotógrafo, se ha introducido en el vasto y abigarrado mundillo de la entraña de la provincia. Y ha regresado de allí con un bagaje crecido de cuadros en que se espeja el remanso. El panorama es turbio: lo han oscurecido vahos de alcohol. Los seres que allí se mueven tienen pasiones menudas, pequeños impulsos, costumbres rutineras. Pertenecen a la vasta humanidad de los mediocres y de los sometidos.

Ese cosmos de una oficina de telégrafos provinciana se mueve con pulso tan humano, que asusta. Todos hemos visto en alguna parte a esos seres pequeñitos. Subamos a la colina y observémoslos. ¡Qué afán ponen en sus insignificantes ocupaciones; con qué denuedo van y vienen, como si el mundo estuviera pendiente de sus actos! Acerquémonos a examinarlos. Visten todos el uniforme de la pobreza. Una alimentación insuficiente ha hecho amarillear sus rostros. Un trabajo excesivo y siempre igual abatió sus hombros y gastó sus trajes humildes o, a veces, ridiculamente afectados. Malos hábitos han enrojecido sus narices, nicotinizado sus dedos, cariado sus dientes, raleado su pelo... No tratemos de penetrar en sus almas. Los deterioros de la vida no son sólo materiales. La atmósfera moral en que se mueven seguramente nos causará náuseas. Una plebeyez grosera se advierte en todas sus reacciones. Sus pintorescas nociones sobre *el amor, las mujeres y la muerte* (digamos, con Schopenhauer) al principio nos darán risa o estupor. Luego lástima; ira por fin.

El señor Espinosa ha tenido suficiente sangre fría para permanecer asomado largas horas al borde del pozo nauseabundo. Es un sacrificio que debemos agradecerle. El le ha permitido trazar esta vigorosa aguafuerte. Quiso hacer un retrato, confiado demasiado en su consciente piedad. Puso a los malos en su

sitio y a los buenos donde correspondía. Recompensó a los esforzados y, en especial, idealizó a su héroe. Creyó un poco en las virtudes femeninas, y nos trazó cuadros bien perfilados de la amistad. Exaltó algunos entusiasmos. Pero el total es una caricatura maestra, tanto más acertada cuanto que su autor no quiso que fuera lo que es. Acumuló detalles de ambiente; insistió, acaso con mucha frecuencia, en la reproducción de charlas insustanciales, cuajadas de suficiencias monstruosas y de plebeyez definitiva. Hizo, en suma, un arqueo de la vida provinciana en lo que tiene de menos pulcro y de menos grato: una repartición del servicio público. La fidelidad de la reproducción es tan asombrosa, que la palabra caricatura se pronuncia sin querer. Es la que mejor conviene a este panorama triste, siniestro casi.

Desde el punto de vista de la construcción literaria, seguramente sobran y faltan algunas cosas en la novela que nos ocupa. No importa. El cuadro que poseemos tiene en su estado actual un poder convincente que nos parece definitivo para llenar el objeto que ha guiado al autor. El señor Espinosa se ha especializado en la pintura de los medios grises en que la lucha por la vida arrincona los nobles impulsos e impide las bellas satisfacciones. En la serie de los relatos novelescos que ha escrito, *La señorita Cortés-Monroy* ocupa un lugar privilegiado.

Hay en la literatura chilena singular predilección por las realizaciones realistas. Algunos relatos de Rafael Maluenda nos iluminan, por ejemplo, las luchas de la ciudad en ambientes de no mayor brillo que el del libro de Espinosa. Santiván ha contado en sus novelas los esfuerzos de algunas almas que tienen nobles ambiciones y van de lo obscuro a lo luminoso. Eduardo Barrios ha trazado un trayecto contrario en *Un perdido*, y en sus dramas y narraciones breves ha cogido, en el presente fugaz, medios que no tienen más esplendor que el de una mísera participación presupuestaria. Cierta número de las novelas de estos y otros escritores abarca la casi totalidad de los aspectos del panorama vital de Chile.

En ese número de selección se coloca esta arriesgada pintura caricaturesca de una clase media que no se resigna a serlo y que aspira, desde la sombra, a una luz que erradamente cree la verdadera luz. Januario Espinosa puede estar contento porque ha tallado en una materia de tenaz duración los rasgos de uno de los estratos sociales más curiosos de contemplar.

RAÚL SILVA CASTRO.